



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 2 de octubre de 2002

Himno después de la victoria

1. En el libro del profeta Isaías convergen voces diversas, distribuidas en un amplio arco de tiempo y todas puestas bajo el nombre y la inspiración de este grandioso testigo de la palabra de Dios, que vivió en el siglo VIII antes de Cristo.

En este vasto libro de profecías que también Jesús desarrolló y leyó en la sinagoga de su pueblo, Nazaret (cf. *Lc 4*, 17-19), se halla una serie de capítulos, que va del 24 al 27, denominada habitualmente por los estudiosos "el gran Apocalipsis de Isaías". En efecto, se encontrará en él una segunda y menor en los capítulos 34-35. En páginas a menudo ardientes y densas de símbolos, se delinea una fuerte descripción poética del juicio divino sobre la historia y se exalta la espera de salvación por parte de los justos.

2. Con frecuencia, como sucederá con el Apocalipsis de san Juan, se oponen dos ciudades contrapuestas entre sí: la ciudad rebelde, encarnada en algunos centros históricos de entonces, y la ciudad santa, donde se reúnen los fieles.

Pues bien, el cántico que acaba de proclamarse, y que está tomado del capítulo 26 de Isaías, es precisamente la celebración gozosa de la ciudad de la salvación. Se eleva fuerte y gloriosa, porque el Señor mismo ha puesto sus fundamentos y sus murallas de protección, transformándola en una morada segura y tranquila (cf. v. 1). Él abre ahora sus puertas de par en par, para acoger al pueblo de los justos (cf. v. 2), que parece repetir las palabras del salmista cuando, delante del templo de Sión, exclama: "Abridme las puertas del triunfo y entraré para gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella" (*Sal 177*, 19-20).

3. Quien entra en la ciudad de la salvación debe cumplir un requisito fundamental: "ánimo firme, ... fiarse de ti, ... confiar" (cf. *Is 26*, 3-4). Es la fe en Dios, una fe sólida, basada en él, que es la "Roca eterna" (v. 4).

Es la confianza, ya expresada en la raíz originaria hebrea de la palabra "amén", profesión sintética de fe en el Señor, que, como cantaba el rey David, es "mi fortaleza, mi roca, mi alcázar, mi libertador; mi Dios, peña mía, refugio mío, mi escudo y baluarte, mi fuerza salvadora" (*Sal 17*, 2-3; cf. *2 S 22*, 2-3).

El don que Dios ofrece a los fieles es la paz (cf. *Is 26*, 3), el don mesiánico por excelencia, síntesis de vida en la justicia, en la libertad y en la alegría de la comunión.

4. Es un don reafirmado con fuerza también en el versículo final del cántico de Isaías: "Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizas tú" (v. 12). Este versículo atrajo la atención de los Padres de la Iglesia: en aquella promesa de paz vislumbraron las palabras de Cristo que resonarían siglos más tarde: "Os dejo la paz, mi paz os doy" (*Jn 14*, 27).

En su *Comentario al evangelio de Juan*, san Cirilo de Alejandría recuerda que, al dar la paz, Jesús da su mismo Espíritu. Por tanto, no nos deja huérfanos, sino que, mediante el Espíritu, permanece con nosotros. Y san Cirilo comenta: el profeta "pide que venga el Espíritu divino, por el cual hemos sido admitidos de nuevo en la amistad con Dios Padre, del que antes estábamos alejados por el pecado que reinaba en nosotros". El comentario se transforma luego en oración: "Oh Señor, concédenos la paz. Entonces admitiremos que tenemos todo, y nos parecerá que no le falta nada a quien ha recibido la plenitud de Cristo. En efecto, la plenitud de todo bien es que Dios more en nosotros por el Espíritu (cf. *Col 1*, 19)" (vol. III, Roma 1994, p. 165).

5. Demos una última mirada al texto de Isaías. Presenta una reflexión sobre la "senda recta del justo" (cf. v. 7) y una declaración de adhesión a las decisiones justas de Dios (cf. vv. 8-9). La imagen dominante es la de la senda, clásica en la Biblia, como ya había declarado Oseas, profeta poco anterior a Isaías: "¿Quién es sabio para entender estas cosas, inteligente para conocerlas?: Que rectos son los caminos del Señor, por ellos caminan los justos, mas los rebeldes en ellos tropiezan" (*Os 14*, 10).

En el cántico de Isaías hay otro componente, que es muy sugestivo también por el uso litúrgico que hace de él la *liturgia de Laudes*. En efecto, se menciona el alba, esperada después de una noche dedicada a la búsqueda de Dios: "Mi alma te ansía de noche, mi espíritu en mi interior madruga por ti" (*Is 26*, 9).

Precisamente a las puertas del día, cuando inicia el trabajo y bulle ya la vida diaria en las calles de la ciudad, el fiel debe comprometerse nuevamente a caminar "en la senda de tus juicios, Señor" (v. 8), esperando en él y en su palabra, única fuente de paz.

Afloran entonces en sus labios las palabras del salmista, que desde la aurora profesa su fe: "Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti. (...) Tu gracia vale más que la vida" (*Sal* 62, 2. 4). Así, con el ánimo fortalecido, puede afrontar la nueva jornada.

Saludos

Saludo a los fieles de lengua española; en especial a los peregrinos de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Lampa, Chile; a los jóvenes de la arquidiócesis de La Habana, Cuba; a los peregrinos de México; de Venezuela; a los alumnos del bachillerato humanista moderno de Salta, Argentina. Afrontad cada jornada, cuando comienza el trabajo y la vida en las calles de la ciudad, con el empeño de seguir "los rectos juicios del Señor" y esperando en su Palabra, única fuente de paz. ¡Muchas gracias!

(A lo fieles húngaros)

En el mes de octubre especialmente la Iglesia recuerda y reza el Rosario. Invocando la intercesión de la bienaventurada Virgen María del Rosario os imparto la bendición apostólica.

(En checo)

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos de la República Checa. Hoy festejamos la memoria litúrgica de los Santos Ángeles Custodios. Que os guarden en todos vuestros caminos para que con su guía alcancéis la alegría eterna.

(En italiano)

Saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*.

La fiesta de los Santos Ángeles Custodios que celebramos hoy, nos invita a pensar en estos celestiales protectores que la providente solicitud de Dios ha colocado al lado de cada persona.

Queridos *jóvenes*, dejaos guiar por los Ángeles, a fin de que vuestra vida sea cumplimiento fiel de los mandamientos divinos. Vosotros, queridos *enfermos*, ayudados por los Ángeles Custodios, unid vuestros sufrimientos a los de Cristo para la renovación espiritual de toda la sociedad. Por último, vosotros, queridos *recién casados*, recurrid a menudo a vuestros Ángeles Custodios para lograr que vuestra familia sea un lugar de comprensión recíproca y de unidad creciente en Cristo.